

Cuatro crisis del sistema capitalista mundial contemporáneo

William K. Tabb

Este artículo examina algunos aspectos de la economía política global que espero puedan orientar a los Gobiernos y movimientos progresistas partidarios del cambio social. Evalúa las limitaciones y las oportunidades que se presentan en la actual coyuntura del desarrollo capitalista mundial a través del análisis de cuatro áreas de crisis del sistema capitalista mundial contemporáneo. No son estos los únicos elementos contradictorios de la coyuntura contemporánea, pero sí que son, en mi opinión, los más destacados.

El primer problema es la turbulencia financiera que se ha apoderado de la economía de los Estados Unidos y ha tenido efectos generalizados. Se trata de una crisis que viene a desacreditar aún más a la teoría económica angloamericana ortodoxa. No sé si es esta la crisis definitiva del capitalismo. Para que así fuera, no solo tendría que volverse mucho más profunda, sino que su impacto debería sentirse de manera más drástica como una

• Artículo publicado en *MR*, vol. 60, nº 5, octubre de 2008, pp. 43-59. Traducción de Joan Quesada. William K. Tabb fue profesor de economía en el Queens College durante muchos años, así como de economía, ciencia política y sociología en el Graduate Center de la City University de Nueva York. Entre sus obras se cuentan *Economic Governance in the Age of Globalization*, Columbia University Press, 2004; *Unequal Patterns: A Primer on Globalization*, The New Press, 2002; y *The Amoral Elephant: Globalization and the Struggle for Social Justice in the Twenty-First Century*, Monthly Review Press, 2001. Es posible contactar con el autor en william.tabb@gmail.com. El presente artículo es la adaptación de una charla pronunciada en la Conferencia Amandla con el título de «Continuidad y discontinuidad del capitalismo en la Sudáfrica postapartheid», Ciudad del Cabo, 4-6 de abril de 2008.

quiebra sistémica. Más importante aún, haría falta que una formación de partidos capaz de explicar cómo ese tipo de crisis es inherente a la naturaleza del funcionamiento del capitalismo y de inspirar una alternativa socialista pusiera en marcha un movimiento como el que puso fin al apartheid en Sudáfrica. Sin esto último, incluso una crisis profunda y dolorosa no será más que, en el mejor de los casos, una ocasión para reformar el capitalismo, en lugar de abolirlo.

Una segunda crisis es la del imperialismo liderado por los Estados Unidos, que se ha visto desacreditado tanto en términos de sus guerras selectivas de cambio de régimen como de la resistencia cada vez más efectiva al régimen financiero y comercial internacional conocido como el Consenso de Washington. El neoliberalismo, a causa del daño incalculable que ha provocado y continúa provocando, está ahora ideológicamente a la defensiva. Un tercer elemento de crisis es la aparición de nuevos centros de poder en lo que había sido la periferia del sistema capitalista, y las tensiones que eso ha desencadenado, lo que ha otorgado un margen de maniobra a los países que desean romper con los Estados Unidos. Una cuarta área de crisis es la relacionada con el uso de los recursos, la distribución desigual de las necesidades vitales y un paradigma de crecimiento que ya no es sostenible. Aquí, los movimientos sociales populares de Sudáfrica y otros lugares son actores destacados en la resistencia a las privatizaciones y a la imposición de un hiperindividualismo que solo acarrea el desastre para los más oprimidos y explotados.

Primera crisis: la financialización y la crisis financiera¹

Aún está por ver la extensión de los daños que el actual colapso financiero acabará provocando, aunque estos son ya extensos. En términos de crisis sistémicas, una cuestión importante es la que guarda relación no solo con los costes económicos y la forma en que las operaciones de rescate se postulan como rescates a cargo del contribuyente, sino también con ver si el capitalismo financiero puede sostenerse a sí mismo. Martin Wolf, redactor económico en jefe del *Financial Times*, escribe que el capitalismo «ha mutado» desde «el capitalismo gerencial de mediados del siglo xx al capitalismo financiero global». ² John Bellamy Foster, editor de *Monthly Review*, sostiene «que, aunque el sistema ha cambiado como consecuencia de la financialización, [...] la financialización ha producido una nueva fase híbrida del estadio monopolista del capitalismo que podríamos denominar de “capital financiero-monopolista”». ³ Las finanzas han logrado reestructu-

rar el capitalismo productivo, la economía que efectivamente produce bienes y servicios reales que la gente consume. De una forma nueva, se apropian cada vez más del excedente que se crea en los procesos de producción, no solo en el centro, sino en lo que ha sido la periferia del sistema mundial.

En conjunto, en 2004 las ganancias empresariales del sector financiero de la economía estadounidense fueron de 300.000 millones de dólares, en comparación con los 534.000 millones de todas las industrias nacionales no-financieras, o sea, un 40% de todas las ganancias empresariales nacionales. Cuarenta años atrás, dichas ganancias representaban menos del 2% del total de las ganancias empresariales de la nación, lo que es un síntoma notable del crecimiento de la financialización en la economía política estadounidense. Este ha sido un desarrollo tanto económico como político, ya que el sector financiero ha ganado influencia sobre el resto de la economía y, en efecto, se ha hecho con el poder de dictar cuáles deben ser las prioridades a los deudores, a las empresas vulnerables y a los Gobiernos. Con el aumento de su poder, ha podido exigir una mayor desregulación, lo que le ha permitido crecer aún más y poner en peligro la estabilidad del sistema económico más general.

Parecía que las finanzas habían desarrollado un nuevo circuito mágico D-D' en el que el dinero podía lograrse únicamente a partir de dinero, sin la intervención de la producción real. El nuevo secreto de la acumulación se suponía que era el apalancamiento y la gestión de riesgo, que permitían la adquisición de activos que prometían rendimientos más elevados aunque comportaran mayor riesgo, y la toma prestada de varias veces la cantidad de capital propio de que disponía el inversor (diez, veinte, treinta o, en algunos casos, cien veces más). Con tan alto apalancamiento, incluso un pequeño aumento de valor podía proporcionar grandes ganancias en relación con la inversión inicial. Dada la globalización de los mercados, el dinero podía tomarse prestado a bajos tipos de interés en yenes japoneses e invertirse en activos financieros, bonos basura e instrumentos derivados estadounidenses de elevado rendimiento. Mientras el valor de los activos subía, tanto en paquetes de hipotecas en obligaciones de deuda garantizada (CDO) como en productos más exóticos, los inversores obtenían grandes sumas de dinero. Eso animó a otros a copiar esa misma estrategia, a pagar más por los activos. El aumento del valor de esos activos permitió que se tomara prestado aún más dinero para comprar todavía más, lo que elevó aún más los precios, en una espiral ascendente que daba lugar a burbujas que acababan por estallar. La financialización como estrategia de acumulación no solo ha provocado una grave crisis con la quiebra de los mer-

cados financieros, sino que ha colocado a los Estados Unidos en una posición similar a la de las naciones pobres endeudadas con acreedores extranjeros: su divisa cae; sus políticas comerciales favorecen a las élites; y su Gobierno exige que algunos contribuyentes paguen más para recapitalizar el sistema financiero mientras otorga mayores rebajas de impuestos a los ricos y a las empresas.

En la mayoría de los debates se habla de las obligaciones tóxicas de deuda garantizada, pero un aspecto central de la financiarización es el aumento de la deuda en sí mismo: deuda pública (en gran parte consecuencia del gasto militar y las rebajas de impuestos y otros «incentivos» a las empresas y los ricos), deuda de todo tipo para el consumo y deuda empresarial. La explosión de la creación de deuda ha alimentado a una economía que tiene fuertes tendencias al estancamiento. La irracionalidad de una sociedad dividida en clases es que las ganancias que acumulan las empresas no se reinvierten en la producción de las cosas que necesitan y desean las personas y la sociedad en su conjunto, porque el poder adquisitivo de la clase trabajadora se mantiene en un nivel limitado y los ricos de las empresas no pagan los impuestos que hacen falta para que el sector estatal ofrezca los bienes públicos deseados. Existe una sobreinversión en capacidad de producción que no puede utilizarse en una estructura social irracional en la que la única demanda efectiva es la que se sustenta en un adecuado poder adquisitivo. El sistema se caracteriza por la superproducción en medio de necesidades sociales no satisfechas, así como por las presiones a los trabajadores de todo el mundo para que acepten menores compensaciones, consecuencia del poder de clase del capital y de su capacidad para enfrentar a los trabajadores entre sí. El excedente producido y que se apropia el capital no logra encontrar salida en la producción y se vuelca en la especulación financiera, donde es absorbido por burbujas especulativas que acaban colapsando y extendiendo el caos y el padecimiento a toda la economía.

Además de todas esas tendencias generales, también existe conexión entre la financiarización y el aumento de las desigualdades y la disminución de la fortuna económica de la mayoría de las personas de clase trabajadora con la fuerte subida de los precios de los consumos básicos: petróleo para calefacción, gasolina, sanidad y alimentos. Donde más asfixiados se han visto los trabajadores ha sido en los Estados Unidos, país en el que ha sido extrema la victoria del capitalismo accionarial (*shareholder capitalism*), en oposición a un capitalismo «participativo» o renano (*stakeholder capitalism*) en el que los trabajadores, las comunidades y el público también se consideran partes interesadas cuyos puntos de vista y necesidades deben tomarse en consideración en mayor medida.

Durante la presidencia de Bush, los Estados Unidos han perdido uno de cada cinco empleos en la manufactura, y eso también forma parte de la financiarización y la globalización. Los salarios se han visto presionados a la baja; las prestaciones por pensiones se han recortado; la carga de la sanidad se ha traspasado a los trabajadores y sus familias; se les ha reducido la jornada a los empleados o se los ha despedido y se los ha vuelto a contratar como trabajadores «temporales», etc., todo ello para alcanzar los objetivos de beneficios y financiar las enormes deudas que acucian a las empresas como consecuencia del recurso generalizado al crédito para financiar adquisiciones empresariales. Cada vez son más las personas que trabajan a media jornada o con contratos temporales y que son pesimistas con respecto al futuro que les espera a sus hijos, mientras ven como su Gobierno está atrapado por las corporaciones y los ricos.

Ese pesimismo popular generalizado está justificado por tres tendencias que interactúan para hacer que el futuro de la mayoría de los trabajadores estadounidenses sea sombrío. La primera es la globalización continuada de la producción de bienes y servicios, que se traslada a lugares con salarios más bajos. Las tareas menos especializadas se pueden hacer con menos dinero en otros lugares. Además, ni siquiera en los casos en que los requisitos de formación son elevados es posible salvar muchos de los empleos que pueden realizar trabajadores bien formados en la India, China, la Europa del Este y otros lugares. En segundo lugar, la tecnología hace aumentar la producción por trabajador, lo que significa que cada trabajador puede producir más y, cuando la demanda de los productos no crece más rápido que la productividad de las personas, se necesitan menos trabajadores. Es un fenómeno que se aprecia en industrias básicas como la del automóvil y la del acero, que antes empleaban a muchos más obreros en la producción. En tercer lugar, los empleos que están creciendo son empleos mal pagados, McEmpleos sin posibilidad de sindicación. Además, hay que tener presente el ataque sin tregua a los sindicatos a partir de la destrucción del sindicato de controladores del tráfico aéreo por parte de Ronald Reagan, que sentó el precedente de utilizar a trabajadores sustitutos para romper las huelgas, por no mencionar la capacidad de los propietarios para, gracias a la connivencia de la Junta Nacional de Relaciones Laborales, despedir a los trabajadores.

Se suponía que la pericia financiera angloamericana sería la palanca que aseguraría la prosperidad continuada de la economía de ambos países. Después de liderar el desarrollo de la financiarización en sus propias economías, fomentar el crecimiento basado en la creación de enormes cantidades de deuda e imponer su régimen financiero y sus reglamentaciones a

las naciones en desarrollo con la mediación del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, el capital se ha dedicado a extender sus operaciones financieras a los llamados mercados emergentes. Ahora a lo que asistimos es a un colapso de Wall Street, con la ironía de que fondos soberanos de inversión extranjeros y otros inversores han de rescatar los pilares del imperio financiero estadounidense. ¿Cómo hay que entender todos esos desarrollos contradictorios? Se trata de una cuestión política. Hay que responder a ella como a cualquier otro tema económico en el que una pequeña élite se beneficia a costa de la mayoría. La solución no debería consistir en hallar la forma de que dicha élite continúe haciendo lo mismo, sino en encontrar la manera de forzar el establecimiento de una regulación social que les impida hacerlo.

Es en ese punto donde la leal oposición (en los Estados Unidos, el Partido Demócrata; en Europa, los socialdemócratas; y en todas partes, los trianguladores de la Tercera Vía), al aceptar esencialmente el poder del capital, pierden el respeto de la gente trabajadora, que ahora debe autoorganizarse mediante la creación de partidos anticapitalistas si tiene que defender sus intereses y cambiar las relaciones sociales que solo les prometen un futuro de más explotación. En Die Linke, el partido alemán emplazado muy a la izquierda de los socialdemócratas, tenemos un exitoso ejemplo de ese tipo de partido, que se está convirtiendo en una fuerza en la política de su país. Como comentaremos más adelante, en Latinoamérica, el continente que durante más tiempo ha sufrido la devastación del neoliberalismo, las masas han prestado su apoyo a diversos partidos de izquierda que prometen en una u otra medida romper con las relaciones sociales capitalistas.

Segunda crisis: el imperialismo y la pérdida de hegemonía

El imperialismo estadounidense ha experimentado dos fracasos recientes: el descrédito del neoliberal Consenso de Washington y la repugnancia suscitada por la violencia de «sorpresa e intimidación» (*shock and awe*) del arrogante militarismo de Washington. La existencia de crecientes condenas reúne, en mi opinión, todos los requisitos de una crisis del ejercicio fácil y sostenido de hegemonía y de la presunción de la clase dominante de poseer la capacidad para gobernar unilateralmente el mundo. Tras los fracasos de Irak y Afganistán, la arrogancia de los *neocons* de Bush ha quedado desacreditada y su programa de guerras y conquistas se ha visto cuestionado y, posiblemente, rechazado ahora por la mayoría de norteamericanos.

Una de las facciones de esta clase dominante ha visto como factor clave que el comercio internacional y los regímenes financieros favorecieran al capital estadounidense. La otra ala se ha dado prisa en utilizar la amenaza y emprender acciones militares para reafirmar e imponer la hegemonía estadounidense. La clase dominante de los Estados Unidos siempre utiliza ambas estrategias, aunque el equilibrio entre estas es variable en función de la situación mundial y la política interna.⁴ Es posible caracterizar a las dos facciones ideológicas dominantes de dicha clase atendiendo a las figuras y políticas más influyentes dentro del gabinete de dos presidentes recientes. La figura clave de la Administración de Bill Clinton era Robert Rubin, secretario del Tesoro. Con Bush, Donald Rumsfeld, secretario de Defensa, era la persona más poderosa. Claro está que la figura dominante de la Administración era el vicepresidente Cheney, hombre de incomparable y artera devoción a una presidencia imperial y a que sea una pequeña élite la que reciba los beneficios, dispuesto a emplear todos los medios necesarios para intimidar y destruir a la oposición en el interior y en el extranjero. Con Clinton, aunque la proyección del poder estadounidense y el uso de la fuerza fueron notables, la política exterior clave fue la diseminación del Consenso de Washington. Con Bush, lo fue la estrategia de sorpresa e intimidación (*shock and awe*). Hoy en día, ambas estrategias están resultando infructuosas en grado remarcable. El fracaso del Consenso de Washington a la hora de propiciar el desarrollo es algo ampliamente reconocido y, a pesar de la imposición de este a docenas de países en las décadas de 1980 y 1990, en la actualidad se está produciendo una efectiva resistencia a él en todo el mundo. Una vez más, eso no quiere decir que ambas políticas no hayan causado y sigan causando graves daños.

Trataremos ahora brevemente en primer lugar del militarismo estadounidense y después, más en profundidad, del deceso del Consenso de Washington. Los estadounidenses fueron llevados a la guerra de Irak con mentiras y ahora no están convencidos de que el ataque contra Irak fuera una buena cosa. Está surgiendo la idea de que los Estados Unidos no solo han perdido Irak, sino que la situación en Afganistán revela aún más su incapacidad para ocupar países e imponer un cambio de régimen y una estabilidad imperialista. La acrecentada conciencia de que ese tipo de aventurerismo está llevando al país a la bancarrota, mientras que lo prioritario deberían ser cuestiones internas como la sanidad y la existencia de empleos con una adecuada remuneración, está planteando a la América imperial un desafío en el interior del país de dimensiones antes desconocidas. Tal vez muchos estadounidenses sigan defendiendo la afirmación del poder nacional mediante victorias fáciles sobre «enemigos» más débiles, pero ya han

tenido bastante de desventuras prolongadas, costosas e interminables. A muchos, la farsa de la «misión cumplida» les ha provocado reacciones que van desde la incomodidad al odio de quienes los creen tan estúpidos y fáciles de manipular. Las ambiciones imperiales estadounidenses en Irak han llevado a buena parte de la élite a replantear sus motivos internos y, además, han provocado la oposición popular, no solo en el extranjero, sino cada vez más en el interior, donde las excusas del fomento de la democracia y la promoción del desarrollo se están viendo desgastadas. En el plano global, dichas pretensiones están completamente desacreditadas. La disminución de la credibilidad estadounidense y de su poder hegemónico es una de las novedades importantes en el sistema mundial.

En 2007, en el décimo aniversario de la crisis financiera del este asiático, fueron dos las cuestiones sobre las que se hizo hincapié de manera generalizada. La primera fue el reconocimiento de que la liberalización de los mercados de capitales lo que había traído era inestabilidad en lugar de crecimiento. Hasta los estudios de los economistas del Fondo Monetario Internacional (FMI) llegaron a esa conclusión. Un escrito que tiene como coautor al economista jefe del FMI concluía que es difícil establecer una conexión convincente entre integración financiera y crecimiento económico cuando se tienen en cuenta otros factores. Un parón repentino en la afluencia de capitales puede ser devastador. En segundo lugar, las políticas neoliberales difícilmente pueden considerarse como fruto de un error. Está claro que los ideólogos neoliberales y los intereses de Wall Street impulsaron políticas que dañaban a los países deudores mientras los financieros sacaban partido de la liberalización financiera. Y no son únicamente los radicales de izquierda quienes sostienen esa opinión.⁵

Lo que tuvo lugar en los países obligados a aceptar las políticas neoliberales del Consenso de Washington fue un proceso de acumulación por desposesimiento, una noción introducida por David Harvey. Es este un proceso en el que la gente trabajadora se ve despojada de sus activos y sus derechos. En lo que Harvey está pensando es en la privatización del agua, la sanidad y la educación, bienes todos ellos que habían sido o deberían ser titularidades. La venta de esos bienes en mercados privados desposee a quienes no pueden permitirse lo que debería ser suyo por derecho. El término es oportuno en relación a lo ocurrido a raíz de las crisis financieras. Las instituciones de gobernanza económica del Estado global han impuesto programas de ajuste estructural y condicionantes que, al privatizar bienes públicos, desposeen a la gente a través del pago de la deuda, la desaparición de las ayudas del Gobierno y la liberalización de la economía local en beneficio de los inversores extranjeros y las élites nacionales.

Cuando en 2007 empezaron los problemas en Estados Unidos, en lugar de imponer la dura medicina que defendía y aplicaba para otros, Washington rescató a las instituciones financieras. Para ello, disminuyó los tipos de interés y sacó de sus apuros a los responsables de la crisis. Además, tras décadas de denuncia de las burdas prácticas y estructuras bancarias y del capitalismo amiguista del Tercer Mundo, el sistema financiero estadounidense quedó en evidencia por incompetente. La supuesta sofisticación de los modelos de evaluación del riesgo de los bancos se demostró que no era más que una sandez. La fraudulencia que salió a la luz en el mercado de las *subprime* era mucho mayor que cualquier otra cosa que pudiera encontrarse en una nación en vías de desarrollo. En lugar de dejar que el valor de los activos financieros encontrara su equilibrio en unos mercados transparentes, el Tesoro estadounidense intentó organizar un cártel para evitar dicho proceso y apuntalar el mercado de la vivienda y salvar los instrumentos de deuda garantizada del colapso, lo que no concuerda en absoluto con lo que el propio Departamento del Tesoro había recomendado a otros. Como escribía Martin Wolf: «La gente no escuchará con circunspección durante mucho más tiempo los sermones de los cargos estadounidenses sobre las virtudes de los mercados financieros liberalizados». ⁶ Por supuesto, mientras los propios Estados Unidos siguen políticas muy distintas, países como Sudáfrica han quedado fuertemente endeudados y mantienen aún las políticas neoliberales adoptadas por el Gobierno de Mbeki.

Uno de los efectos del desenmascaramiento de los intereses a los que beneficiaron las políticas del Consenso de Washington fue la precipitación con que los líderes occidentales invitaron a los países en vías de desarrollo, ahora más influyentes, a asumir un papel más destacado, a obtener mayores derechos de voto y a ejercer más poder en las instituciones de Bretton Woods. Para el año 2007, momento en que las economías en vías de desarrollo habían llegado a representar una porción mucho mayor de la economía mundial y en que muchas de ellas crecían a ritmo significativamente mayor que las economías más ricas que durante mucho tiempo habían dominado a dichos regímenes, empezaron a surgir afirmaciones como la de Mervyn King, gobernador del Banco de Inglaterra, según las cuales el FMI podía «deslizarse hacia las tinieblas» si no se efectuaba una drástica reforma. ⁷ Tal vez el hecho de que los países desarrollados, con el 15% de la población mundial, tengan un 60% del poder de voto en el FMI y el Banco Mundial ha dejado finalmente de favorecer sus propios intereses.

En el frente diplomático, ha habido propuestas para ampliar el G-8. Philip Stephens, principal comentarista político del *Financial Times*, propone su ampliación a G-13 con la inclusión de los países del IBSA (India, Bra-

sil, Sudáfrica), junto a México y China. La idea de dicha expansión según el presidente del Banco Mundial, Robert Zoellick, es que se los invita a convertirse en «parte responsable».⁸ Es posible que la reorganización de la economía mundial esté produciendo una clase capitalista transnacional más inclusiva con una interpenetración global de la propiedad por medio principalmente de los fondos soberanos de inversión y, más comúnmente, a través de la diversificación de la propiedad en la escala global y de la intensificación de la interacción entre las élites.⁹ Al mismo tiempo, el descontento que provocan las crecientes desigualdades y la arrogancia del capital, local y extranjero, ha dado origen a movimientos locales para un cambio fundamental, así como a una conciencia de que otro mundo es posible en ámbitos tales como el Foro Social Mundial. Existen presiones contradictorias entre sí sobre los Gobiernos del Sur: de los capitalistas locales, de las masas por abajo y de los Gobiernos y agencias internacionales que representan al capital extranjero por arriba. Aunque de momento lo que se espera es que dichos Gobiernos, por lo general, se sumen a las potencias imperiales tradicionales, la presión popular en contra de ello es cada vez mayor.

Existe, por supuesto, la posibilidad de que la financiarización centrada en el Norte siga creciendo en los países del Sur y los bancos y otras instituciones financieras (muchas de propiedad extranjera) se apropien de una parte aún mayor del excedente. Esa repetición del patrón histórico de penetración de las finanzas imperialistas en todos esos países generará sin duda nuevas y más profundas crisis y, una vez más, el pueblo tendrá que cargar con los costes. La alternativa debería ser un cambio fundamental hacia el control social del capital. Tendremos que utilizar todo lo aprendido en la oposición al neoliberalismo para decir no al desarrollo de las finanzas de alto riesgo y sus depredadores efectos.

Por el lado positivo, algunos Gobiernos del Tercer Mundo han cambiado en una dirección progresista, a veces en un intento por lograr un mejor trato para el capital local, otras por un auténtico compromiso con una agenda social y, a menudo, como resultado de la tensión y el compromiso entre los intereses en juego. En Latinoamérica, después de periodos de Gobierno militar y dominio de las políticas neoliberales, Mercosur, con el liderazgo brasileño, ha venido a obstaculizar los intentos estadounidenses de crear una Área de Libre Comercio de las Américas. Como mercado único, es la sexta mayor economía mundial. Con 260 millones de personas y un Producto Interior Bruto conjunto de más de 4 billones de dólares, representa un formidable desarrollo.

La Alternativa Bolivariana para América Latina (ALBA), más radical, fomenta no únicamente la solidaridad regional, sino la transformación

social basada en objetivos e ideales socialistas. En 2007, los países de Mercosur y ALBA crearon el Banco del Sur para ofrecer un instrumento alternativo de financiación al desarrollo bajo las premisas de la solidaridad y el rechazo total del pensamiento y los controles de Washington.¹⁰ Algunos de los países miembros han abandonado el FMI y el Banco Mundial. El Banco del Sur se rige por el principio de un país, un voto, y, a partir de las prioridades del Banco de Desarrollo Económico y Social de Venezuela, favorece la propiedad cooperativa y comunitaria y ofrece tipos de interés por debajo de los del mercado a empresas públicas y sociales. Con una capitalización propuesta de 7.000 millones de dólares, representa una seria amenaza para las instituciones de Bretton Woods, controladas por los Estados Unidos, así como para el neoliberal Banco Interamericano, dominado por Washington.

Los cambios en la región han sido espectaculares desde que los Gobiernos de izquierdas llegaron al poder. En 2005, Sudamérica representaba el 80% de los préstamos no amortizados del FMI. Hoy en día, los préstamos concedidos a la región suponen menos del 1% de la cartera global de préstamos del FMI. Junto con el Banco del Sur, se habla de crear un sistema monetario regional para que el comercio bilateral pueda tener lugar en divisas internas, con el objetivo final de crear una divisa común para la región.

Los movimientos sociales están empujando al Banco del Sur a adoptar un enfoque más popular, a rechazar las megainfraestructuras (como intenta Brasil) que fomentan monocultivos, incluidos los agrocombustibles, y a financiar, por el contrario, infraestructuras locales para contribuir a la soberanía alimentaria y energética, producir medicamentos genéricos y extender la asociación a otros países del Sur. Todas esas formaciones, que siempre son mezcla de elementos transformadores y reformistas, ilustran un destacado impulso histórico. Los fracasos del Consenso de Washington y el aumento de la fuerza de los centros de poder alternativos, tanto de la izquierda como de la derecha nacional-desarrollista, están remodelando la economía política global. También es significativo el gran debilitamiento del dólar estadounidense, después de que su fortaleza anterior fuera tanto una consecuencia como una de las causas del poder norteamericano.

Estamos asistiendo en la actualidad a la pérdida de lo que Charles de Gaulle llamó una vez el «exorbitante privilegio» de los Estados Unidos, derivado de su papel de emisor de la divisa internacional. George Soros, en alocución al Foro Económico Mundial en enero de 2008, sugería: «es básicamente el final de un periodo de sesenta años de continua expansión del crédito basada en el dólar como divisa de reserva.»¹¹ La ventaja de poder

tomar prestado en su propia divisa de la que han gozado los Estados Unidos se ha visto socavada por el abuso, por unos déficits por cuenta corriente descomunales y por la acumulación de dólares en manos extranjeras. Todo eso ha progresado hasta el punto en que la creación de moneda y la rebaja de los tipos de interés estadounidenses llevadas a cabo por la Reserva Federal para evitar el colapso financiero han hecho descender el valor de la divisa y han fomentado nuevas huidas respecto del dólar.

Dado el grave descenso de esta moneda, si no fuera por el hecho de que no es fácilmente sustituible a corto plazo, existirían temores de que entrara en caída libre. Mientras que en la actualidad una cuarta parte de las reservas monetarias mundiales son en euros y dos terceras partes son en dólares estadounidenses, existen predicciones de fuentes prestigiosas que señalan que dentro de una década el euro podría ser más importante que el dólar como divisa de reserva. Dichas predicciones se basan en la creciente inflación estadounidense, sus grandes déficits por cuenta corriente, los costes de las grandes ambiciones imperiales y los modelos de simulación de destacados economistas.¹² Y, por supuesto, la situación económica continúa deteriorándose en todas partes: en el momento de redactar este artículo, Europa se enfrenta a graves problemas económicos, y se está produciendo una ralentización de las «economías emergentes» que sugiere que la crisis es mayor de lo que hasta ahora se ha reconocido. La recuperación de la fortaleza del dólar podría ser más bien reflejo de un empeoramiento de los problemas en el resto del mundo que de una recuperación económica en los Estados Unidos.

El capital financiero se ha expandido de forma parasitaria. No solo han sufrido las masas del Sur, sino que ahora a las personas trabajadoras de los países ricos se les dice que deben rescatar a «sus» bancos y otras instituciones financieras. El componente de clase de ese modelo redistributivo resulta cada vez más manifiesto. Según la economía política internacional se vaya volviendo más multipolar, la hegemonía estadounidense se verá cada vez más desafiada en otras áreas, además de la cuestión de la divisa.

Tercera crisis: los nuevos centros de poder

Permítaseme que me ocupe a continuación en mayor detalle del fenómeno histórico mundial de la emergencia de actores económicos y políticos no occidentales. En 2006, por primera vez, los mercados emergentes representaron más del 50% de la producción mundial. Si continúan creciendo al ritmo en que lo han hecho, las previsiones describen un mundo muy

distinto para mediados de siglo. Su surgimiento resultará ser, espero, tan significativo como el surgimiento a finales del siglo XIX de Alemania, Rusia y Japón. Un estudio de 2006 realizado por PriceWaterhouseCoopers preveía que en el año 2050 la economía china sería casi tan grande como la de los Estados Unidos en términos de dólares, y que la India sería la tercera mayor economía. Un año después, los investigadores de Goldman Sachs predecían que China sobrepasaría a los Estados Unidos en 2027 y la economía de la India sería mayor que la de los Estados Unidos antes de 2050. Los banqueros de inversión prevén que la economía brasileña será tan grande como la de Japón en 2050, y las economías de Indonesia y México serán mayores que las del Reino Unido y Alemania. Los investigadores de PriceWaterhouseCoopers prevén que el «E-7» (Brasil, China, India, Indonesia, México, Rusia y Turquía) será un 25% mayor que el actual G-7 y pasará a ser el motor de crecimiento de la economía mundial. Independientemente de lo que uno opine sobre los detalles de todas esas previsiones, existen pocas dudas de que se avecinan cambios trascendentales en la posición económica relativa de los Estados-nación. El papel que desempeñen todas esas nuevas potencias económicas en la economía política internacional tendrá una notable importancia. Será igualmente importante si estas serán propensas a nuevas crisis provocadas por la financiarización del tipo que ahora asola los Estados Unidos. Unas financiarización y fragilidad mayores generan nuevas dependencias y, por lo tanto, nuevas posibilidades de crisis global.

La importancia de China es difícil de sobreestimar. El país ya ha llevado a cabo incursiones en diversas partes del mundo. Por ejemplo, en una cumbre reciente con cuarenta y ocho líderes africanos, Hu Jintao prometió doblar la asistencia al continente, cancelar la deuda pendiente de treinta y tres países y aportar 5.000 millones de dólares en préstamos y créditos en condiciones favorables. El presidente chino también ha viajado a Latinoamérica, que cada vez está orientando más su comercio hacia Asia. Algunos otros desarrollos acontecidos en Asia, como los pasos dados por los ministros de Finanzas de la región para crear una divisa común, tienen también destacadas implicaciones para el dólar.

En la propia Asia se están produciendo grandes cambios históricos. Un artículo reciente de *Foreign Policy* comienza diciendo: «El norte asiático está en transición. Tras 60 años de dominio estadounidense, el equilibrio de poderes en la región está cambiando. Los Estados Unidos están en relativo declive, China está ascendiendo y Japón y Corea están en estado de cambio constante. Las implicaciones para Washington son profundas.»¹³ Lo que se ha dado en llamar el «Consenso de Pekín», basado en el respe-

to a la soberanía y el mutuo beneficio económico, resulta ampliamente atractivo como alternativa a la versión de Washington de extensión de la democracia y el «libre» mercado mediante misiles de crucero y amenazas económicas. Sin embargo, China es una potencia explotadora que reprime a su propia clase trabajadora. Es una economía capitalista de transición en la que, como consecuencia de la derrota del socialismo, los hijos de los altos cargos del partido se han apropiado de la riqueza social.

La cuestión no es que esas potencias estatales emergentes sean progresistas, sino más bien que un mundo multipolar ofrezca a otros países un cierto espacio que no tenían cuando la hegemonía estadounidense era un hecho incuestionable. Está surgiendo lo que Conn Hallinan denomina un «consorcio de conveniencia»,¹⁴ el cambio hacia un partenariado entre China, India y Rusia que, si madura, podría alejar de Washington el poder global. Rusia está vendiendo sistemas militares avanzados tanto a la India como a China, y está cooperando en materia de energía. Daniel Drezner, en un escrito en *Foreign Affairs*, la publicación del Consejo de Relaciones Exteriores perteneciente al *establishment*, habla de una «coalición de los escépticos», que incluye a Estados que van desde Argentina a Pakistán y Nigeria, así como de la revitalización del movimiento de los no-alineados en un antiamericanismo que está cobrando renovada relevancia.¹⁵ Así pues, es posible que estemos entrando en un periodo en el que los Estados progresistas tendrán más margen de maniobra.

La necesidad de China e India de acceder a la energía es uno de los factores que explican la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), creada en 2001 y que incluye a China, Rusia y los «-están» (Uzbekistán, Turkmenistán y Kirguizistán). La India también se ha unido a la OCS, e Irán, Pakistán, Mongolia y Afganistán han recibido el estatus de observadores. (Significativamente, a los Estados Unidos se les negó dicho estatus de observadores.) La OCS ha declarado que los Estados Unidos deberían abandonar Oriente Medio, y se está erigiendo en contrapeso de la OTAN.¹⁶ Además un país como la India juega a todas las bandas en sus maniobras globales, y ha invertido decenas de miles de millones en intereses gasísticos y petroleros en Irán. Tales acciones, motivadas por la necesidad de abastecimiento energético, tienen su efecto en la perspectiva estadounidense de emplear la violencia contra Irán, así como en el futuro de las bases militares estadounidenses en Turkmenistán, Kirguizistán y Azerbaiyán. China, que en pocos años será el mayor consumidor de energía del mundo, se ha mostrado sumamente activa en todo el planeta en su búsqueda de abastecimientos de energía y, de hecho, también de otras materias primas.

Está también la cuestión del surgimiento de unas nuevas «Siete Hermanas», término acuñado por Enrico Mattei para referirse a las siete compañías angloamericanas que controlaban el petróleo de Oriente Medio tras la Segunda Guerra Mundial. Hoy en día, los siete grandes productores ya no son ExxonMobil, Royal Dutch Shell y las demás, sino la rusa Gazprom, CNPC de China, la venezolana PDVSA, Petrobras de Brasil, la saudí Aramco y Petronas de Malasia. El nacionalismo en materia de recursos es probable que cobre importancia cuando esas compañías de propiedad estatal aprieten a las compañías angloamericanas para obtener concesiones adicionales. Que el petróleo de Venezuela esté controlado por el régimen de Chávez, que intenta llevar a la nación hacia un socialismo del siglo XXI, es un desarrollo importante, como lo son las nuevas nacionalizaciones llevadas a cabo en Ecuador, Perú y Bolivia. La toma del poder de Gazprom por parte de Putin simboliza el nuevo despertar del oso ruso.

Cuarta crisis: recursos y sostenibilidad

La última y tal vez la mayor de las crisis es la de la disponibilidad y distribución de recursos tan cruciales como el petróleo, los alimentos y el agua. La sostenibilidad de la vida humana sencillamente no es congruente con un crecimiento capitalista inherentemente derrochador.

El *World Energy Outlook* [Panorama energético mundial] de la Agencia Internacional de la Energía nos dice que en 2030 se necesitará un 50% más de energía que en 2005 (tras ajustes debidos a mejoras de la eficiencia) y que casi tres cuartas partes de ese incremento de la demanda procederá de los países en vías de desarrollo, entre los que China y la India por sí solos representarán un 45% del aumento de la demanda. Después de 2015, se espera que China sea el mayor emisor de dióxido de carbono del planeta, por delante de los Estados Unidos, seguido de la India como tercer mayor emisor. (Otros estudios muestran que China es ya el mayor emisor de gases de efecto invernadero.) Existen aquí dos cuestiones políticas de cierta significación. La primera es que los Estados Unidos y otros países ricos se han quedado con la parte del león de los recursos mundiales durante mucho tiempo. La justicia social exige no solo que los países en vías de desarrollo contribuyan a racionar el uso futuro de recursos no-renovables, sino que quienes durante tanto tiempo han consumido en exceso soporten una parte más que proporcional de los costes de dicha transición. En segundo lugar, deberían existir nuevos modelos de desarrollo humano que tomen como premisas las preocupaciones ecológicas y la justicia social, y estos

deberían ocupar un lugar más preeminente en el trabajo de los consejos internacionales, que ahora parecen entender que lo único que importa es el terrorismo. La sexta parte de la población mundial disfruta de un estilo de vida intensivo en consumo de energía. Con el aumento de la cantidad de personas que aspiran a ese tipo de consumo, los problemas del planeta se incrementarán. El sueño americano se volverá mucho más caro y, al final, será insostenible. Es imposible que este lo comparta todo el mundo con los presentes modelos de producción y consumo. No solo existen miles de millones de personas que no se benefician del capitalismo global, sino que quienes sí lo hacen están incrementando la presión sobre la base de recursos del planeta.

Hoy en día, una cuarta parte de todos los fallecimientos en el mundo guardan alguna relación con factores medioambientales, y la mayoría de las víctimas son personas pobres que ya son vulnerables debido a la malnutrición y a la falta de acceso a la sanidad. La malnutrición probablemente se convertirá en una cuestión más grave conforme los precios de los alimentos sigan subiendo. El 75% de los pobres del mundo viven en el campo y la mayoría de ellos dependen de la agricultura. Dado lo difícil que les resulta ganarse la vida, existe una emigración masiva hacia las ciudades del mundo en vías de desarrollo. Mil millones de personas viven actualmente en los suburbios de esas ciudades cada vez mayores, donde escarban en las basuras para sobrevivir o se ganan a duras penas una existencia marginal como vendedores callejeros. Los agrónomos nos dicen que casi todos los países del mundo poseen el suelo, el agua y los recursos climáticos necesarios para cultivar suficientes alimentos para que sus poblaciones tengan una dieta adecuada.¹⁷ Sin embargo, para ello haría falta una reforma agraria seria y apoyo técnico y financiero. En muy pocos lugares se practica ese tipo de políticas y, según se dice, la inseguridad alimentaria afecta a casi la mitad de la humanidad.

En el lado más esperanzador, vemos cómo hay países que rechazan la insistencia del Banco Mundial en que no subvencionen a la agricultura. Malawi, que durante años estuvo al borde de la hambruna, con cinco de sus trece millones de habitantes necesitados de asistencia alimentaria urgente tras la desastrosa cosecha de maíz de 2005, decidió subvencionar a sus granjeros pobres y no tardó en exportar cientos de miles de toneladas de maíz gracias a las ayudas concedidas a los granjeros, cuya producción aumentó espectacularmente. Los Estados Unidos, aunque están dispuestos a suministrar ayuda alimentaria procedente de sus excedentes agrícolas (producidos con enormes subsidios federales a los granjeros estadounidenses), se niegan a asistir a los granjeros de los países pobres. A

pesar de insistir en que sigan el libre mercado, los Estados Unidos socavan la capacidad de los agricultores del Tercer Mundo para competir al inundar sus países con sus exportaciones agrícolas gratuitas o a bajo coste.

Está creciendo el uso de maíz para la producción de etanol y el de soja para producir combustible diesel, así como cada vez es mayor el deseo de grandes cantidades de nuevos ricos de consumir carne. Cada vez más, el grano se utiliza para alimentar a los animales y no a las personas. En China, por ejemplo, la media de ingesta de calorías procedentes del consumo de carne se ha doblado desde 1990 y, dado que se necesitan 10 kilos de grano para producir un kilo de carne de cerdo, y el doble para un kilo de ternera, dicho aumento de la demanda afecta a quienes encuentran que los productos básicos para la vida se han vuelto demasiado caros para poder sobrevivir. El índice de precios alimentarios que calcula la revista *The Economist* subió un 30% en 2007 y subirá mucho más en 2008. De hecho, el Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas emitió una llamada extraordinaria de emergencia a los Gobiernos el 23 de marzo de 2008 para que aumentaran las donaciones colectivas en al menos 500 millones de dólares para financiar el mayor coste de alimentar a 73 millones de personas en cerca de ochenta países. Señalaban que el coste de los alimentos había subido un 20% en tan solo tres semanas, además del impacto del aumento del precio del petróleo en los costes de los envíos. Los precios de los granos están subiendo a una tasa anual del 80-90%. El precio del arroz se elevó un 30% en tan solo un día a finales de marzo de 2008, después de haberse doblado en los menos de tres meses transcurridos desde inicios del año, lo que ha provocado las protestas de los pobres en algunos países asiáticos en los que el arroz es un alimento básico de la dieta.

Al mismo tiempo, lo que se ha dado en llamar la dieta norteamericana de harina blanca refinada, dulcificantes de maíz y grasas de animales alimentados con grano está sustituyendo a las dietas tradicionales de demasiadas personas en el mundo. Los azúcares refinados provocan obesidad y favorecen enfermedades como la diabetes al sustituir a los nutrientes complejos de los alimentos tradicionales. El descontrolado afán de lucro está destruyendo la salud y aumentando drásticamente el gasto sanitario al envenenar a los consumidores con alimentos adulterados y poco saludables. Todas esas áreas generales de crisis son el resultado de las actividades normales de los capitalistas en un sistema que acepta el derecho al lucro a cualquier coste. Los medios de comunicación y el sistema político se esfuerzan en todo momento por evitar que el público comprenda la pesada carga que imponen a la humanidad global todas esas prioridades sistémicas.

Conclusión

En mis observaciones, he resaltado cuatro áreas de crisis del sistema mundial contemporáneo: la crisis financiera; la pérdida de poder relativo de los Estados Unidos; el surgimiento de otros centros de acumulación; y el agotamiento de los recursos y la crisis ecológica. Continúa vigente la estrategia estadounidense de proyectar su poder militar para controlar el petróleo y otros recursos. La otra ala del águila se basa en la apropiación de excedentes a través de vehículos financieros, pero eso apenas si agota sus tácticas. Exige también la imposición de rentas monopolistas protegidas por patentes internacionales y regímenes de licencias para proteger derechos de propiedad intangibles, desde Microsoft Windows hasta Big Pharma, que reclama la propiedad del genoma humano. A la extensión de los derechos de propiedad y el cercado del terreno comunitario de la ciencia deben oponerse (y lo están haciendo) los países en vías de desarrollo, que pagan desorbitados precios por las licencias y a los cuales no les está permitido utilizar lo que en el pasado habría sido la herencia común de conocimiento. Igual que las finanzas de alto riesgo deberían limitarse y controlarse socialmente, la ciencia debería quedar liberada para que el progreso tecnológico no se vea artificialmente constreñido y no se puedan exigir rentas monopolistas. Para el mundo en vías de desarrollo, las estrategias de ambas alas del águila imperial han quedado al descubierto. El Consenso de Washington ha quedado desacreditado y, aunque el daño que este provoca sigue estando ahí, no ha logrado los objetivos de Washington. Lo que se ha producido es una unión de gran parte del mundo en una coalición de reticentes. Si unos Gobiernos serios de izquierdas se hicieran con el poder en muchos países del Sur, podría darse una drástica reconstrucción de la economía política global. Sin embargo, quienes dirigen en la actualidad esos países difícilmente son revolucionarios. Podemos esperar elementos de colaboración, cooperación y contestación en función de las presiones a que se vean sometidas dichas élites. Una Sudáfrica progresista podría contribuir a dar forma a una alternativa al sistema mundial capitalista angloamericano e influir en nuevos centros de poder que aspiren a representar al Sur Global y, algún día, es posible que llegue a tener unos Gobiernos que realmente así lo hagan.

Notas

1. Este capítulo está basado en William K. Tabb, «The Centrality of Finance», *Journal of World-Systems Research*, XIII (2007), 1.

2. Martin Wolff, «Unfettered Finance Is Fast Reshaping the Global Economy», *Financial Times*, 18 de junio de 2007.
3. John Bellamy Foster, «The Financialization of Capitalism», *Monthly Review*, vol. 58, nº 11, abril de 2007, p. 1 (trad. castellana, «La financiarización del capitalismo», en *Monthly Review. Seleccionen en castellano*, nº 8, 25 años de neoliberalismo, Hacer-Món 3, Barcelona, 2008, p. 41).
4. William K. Tabb, «The Two Wings of the Eagle», en John Bellamy Foster y Robert W. McChesney (eds.), *Pox Americana: Exploring the American Empire*, Monthly Review Press, Nueva York, 2004.
5. Keneth Rogoff, Eswar Prasad, Shang-Jin Wei y M. Ayhan Kose (2003), «The Effects of Financial Globalization on Developing Countries: Some Empirical Evidence», <http://www.imf.org/research>.
6. Martin Wolf, «Why the Sub-Prime Crisis Is a Turning Point for the World Economy», documento presentado en el Centro para la Globalización y la Política Económica, Universidad de Nottingham, 5 de marzo de 2008, <http://globalisationandeconomicpolicy.org>. La presentación en Powerpoint disponible en la web contiene una buena cantidad de útiles gráficos y tablas.
7. Krishna Guha y Chris Giles, «IMF Wants More Say for Rising Economies; Asian Countries Would Have Greater Influence», *Financial Times*, 5 de abril de 2008.
8. Philip Stephens, «A Table for Thirteen», *Foreign Policy*, enero/febrero de 2008, p. 65.
9. William K. Tabb, «Globalization Today; At the Borders of Class and State Theory», *Science & Society*, enero de 2009.
10. Mark Engler, «Latin America Banks on Independence», *In These Times*, febrero de 2008, p. 43.
11. Craig Karmin y Joanna Slater, «Dollar's Dive Deepens as Oil Soars», *Wall Street Journal*, 29 de febrero de 2008.
12. Jeffrey Frankel, «The Euro Could Surpass the Dollar Within the Next Decade», 18 de marzo de 2008, <http://www.voxeu.org.2008>.
13. Jason T. Shaplen y James Laney, «Washington's Eastern Sunset: The Decline of U.S. Power in Northeast Asia», *Foreign Policy*, noviembre-diciembre de 2008, p. 82.
14. Conn Hallinan, «Challenging a Unipolar World», *Foreign Policy in Focus*, 21 de enero de 2008, <http://www.fpiif.org/fpifxt/4904>.
15. Daniel W. Drezner, «The New New World Order», *Foreign Affairs*, marzo/abril de 2007.
16. William K. Tabb, «Fumbling Through the Great Game in Eurasia: the British and U.S. Spreading "Freedom" Through Invasion, Occupation and Regime Change», *Z Magazine*, 19 de noviembre de 2006.
17. Fred Magdoff, «The World Food Crisis», *Monthly Review*, vol. 60, nº 1, mayo de 2008 (trad. castellana, véase cap. 1 de la presente selección).